

toda recompensa y en absoluto olvido de sí propio. Ahora bien, parece cierto que al menos durante algunos instantes, una alma que medita en Dios puede amarle sin pensar en las recompensas prometidas á este amor; que puede amar la bondad de Dios y sus perfecciones, sin pensar actualmente que nosotros mismos somos objetos de esta bondad suprema. Pero esta no es sino una abstraccion pasajera que no puede constituir actualmente un estado habitual del alma. Sostener lo contrario; pretender que pueda llegar á ser este movimiento de sublime perfeccion el fondo mismo de la vida cristiana; que, sin pecar el alma, puede hasta no pensar en su propia salvacion y quedarse indiferente al pensamiento de su condenacion: hé aquí en qué consiste el exceso condenado en los *quietistas*. Bossuet, despues de haber leído el libro de las *Máximas de los santos*, se apresuró á echarse á los piés de Luis XIV: le pidió perdon de no haberle revelado antes el *fanatismo* de su cólega, y le suplicó precaviese con pronta represion los desórdenes del *nuevo Montano de otra Priscila*. Este paso, estas palabras sobrado ultrajantes contra un prelado, preceptor del Delfin, amado de toda la corte, produjeron sensacion muy profunda: porque en efecto la autoridad de Bossuet, á quien apellidaba Luis XIV *el Padre de la Iglesia*, le daba peso inmenso. Bossuet se dejó llevar de una violencia que ha deplorado la posteridad entera. Apremió pues al rey á deferir el libro de *Máximas de los santos* al juicio del papa, asegurando « que serian condenados los errores del arzobispo de Cambray por la Santa Sede, apenas los oyese y supiese el vicario de Cristo. » Fenelon pidió el permiso de ir á Roma á defenderse; mas Luis XIV se lo negó, le despidió de su corte á pesar de las lágrimas del jóven duque de Borgoña, que conservaba por su Mentor un agradecimiento superior á todas las desgracias. Al mismo tiempo fueron desterrados todos los amigos y parientes de Fenelon, y Madama Guyon arrestada en la Bastilla.

9. El obispo de Meaux hizo salir para Roma al abate Bossuet, su sobrino, mas tarde obispo de Troyes, con mision de proseguir la condenacion del libro de las *Máximas*. Ino-

cencio XII nombró una comision encargada de examinar el libro de las *Máximas*. Despues de un año entero de exámen con sesenta y cuatro sesiones de seis á siete horas cada una, cinco votos, de los diez, se pronunciaban constantemente á favor del libro; los otros cinco estaban acordes en que por medio de segunda edicion se podria dejar al libro irreprochable y edificante. En esto el abate Bossuet no cesaba de esparcir calumnias contra Fenelon. El papa, apremiado por Luis XIV para pronunciar definitivamente, respondió « que aun no estaba suficientemente esclarecido el asunto. » El rey de Francia escribió de nuevo á Inocencio XII apremiándole para que se pronunciase una condenacion expresa. Mas antes de llegar á Roma esta nueva insistencia, el papa, en su breve del 12 de marzo de 1699, dijo: « Despues de haber tomado parecer de muchos cardenales y doctores de teología, condenamos y reprobamos, de nuestro *propio motu*, el libro de las *Máximas de los santos*, en cualquier lengua y version que sea. Por la lectura de este libro, los fieles podrian ser conducidos insensiblemente á errores ya condenados por la Iglesia. » El breve censura luego veintitres proposiciones sacadas del libro de las *Máximas*, como respectivamente temerarias, dañosas en la práctica, ó erróneas. Ninguna fué calificada herética (1).

10. El 25 de marzo de 1699, festividad de la Anunciacion, Fenelon se disponia para subir al púlpito de su catedral de Cambray para predicar sobre la fiesta del dia, cuando llegaba su hermano trayéndole la primera noticia de su condenacion. El arzobispo se recogió unos momentos, y sin parecer conmovido por nada, mudó de tema y predicó sobre la sumision debida á la autoridad. Se esparció como un relámpago la noticia susodicha; y toda la asistencia inmensa fué á presentársele tierna y compasiva. Pero la presencia tan admirable de espíritu, su movimiento sublime, su calma tan cristiana que presagiaban la sumision del ilustre prelado, hicieron derramar á

(1) Nótese que el breve condena las proposiciones que suponen, desde esta vida, un estado habitual, mas no las que simplemente suponen *actos* ó un estado transitorio de puro amor, sin relacion alguna á nuestra bienaventuranza sobrenatural.

todos lágrimas de ternura, dolor, respeto y admiracion. El 9 de abril, el dia siguiente al en que habia recibido permiso del rey para escribir, Fenelon, mil veces mas grande en su derrota que sus enemigos en su triunfo orgulloso, publicó una pastoral dirigida al clero secular y regular de su diócesis. « En » fin, decia, nuestro santísimo Padre ha condenado el libro titulado : *Explicacion de las Máximas de los santos*, con veinte » y tres proposiciones sacadas de él, por un breve del 12 de » marzo, que ya os debe ser conocido. Adherimos á este » breve, carísimos hermanos, tanto por el texto del libro como » por las veintitres proposiciones, simple y absolutamente, sin » restriccion alguna. Prohibimos á todos los fieles de esta diócesis leer y guardar dicho libro. Nosotros quedaremos consolados, carísimos hermanos, de lo que nos humilla, con tal » que el ministerio de la palabra que hemos recibido del Señor, » para vuestra santificacion, no sea debilitado, y que no embargante la humillacion del pastor, el rebaño crezca en gracia » ante Dios. — Haga el Señor que no se hable de nosotros » jamás sino para recordarnos de que un pastor ha creído deber ser mas dócil que la última de sus ovejas, y que no ha » puesto límite alguno á su sumision ! » Para perpetuar la memoria de tan humilde retractacion, mandó hacer una custodia de oro sostenida por dos ángeles, de los cuales el uno hollaba con sus piés diversos libros heréticos, en uno de los cuales estaba el título del suyo, á pesar de que no se le habia dado esta calificacion en la censura. Admiró á todo el mundo tan perfecto ejemplo de sumision. Inocencio XII dirigió al inmortal prelado un breve felicitándole por su heróico valor con la mayor efusion de su corazon. La desgracia de Fenelon no acabó con el asunto del *quietismo* tan noblemente zanjado. La publicacion del *Telémaco*, admirable libro que cuanto mas se lee mas agrada, acabó de enajenarle el corazon de Luis XIV. La muerte del Delfin, su discípulo, le quitó en fin hasta su última esperanza, y Fenelon murió de pesadumbre, llorado de sus diocesanos, de la Francia y de toda Europa.

41. Inocencio XII habia muerto ya en 7 de setiembre de 1700,

despues de un reinado de nueve años : los Romanos sintieron tanto su muerte, como gozo les habia causado su eleccion.

42. Los últimos años del pontificado de Inocencio XII quedaron señalados por nuevas victorias contra los Turcos. El sultan Mustafá II habia jurado vindicar su bochorno en el sitio de Viena. Juntó un ejército de trescientos mil combatientes, se puso á su frente y en mayo de 1697 se puso en camino para Belgrado. Leopoldo I tenia entonces al frente de su ejército un héroe que oponer á invasion tan formidable. Era el príncipe Eugenio de Saboya, originario de Francia, pero cuyo ingenio no supo adivinar Luis XIV, y que ofreció al Austria una espada que puso mas tarde á la Francia al borde de su precipicio (1). El príncipe Eugenio habia militado á las órdenes de Sobieski en la batalla de Viena, y habia llegado á ser en breve uno de los mas grandes capitanes del siglo xvii, tan fecundo en ilustres guerreros. Fué nombrado por Leopoldo I generalísimo de los ejércitos austríacos para combatir á Mustafá. Fué á acamparse en Sigedin. Sabedor, por un cautivo turco, de que el sultan habia de atravesar el Theiss por el puente de Zenta para investir á Temeswar, el príncipe Eugenio sin pérdida de tiempo se dirigió á la orilla izquierda de dicho rio y llegó á las dos de la tarde del 11 de setiembre de 1697 al llano de Zenta. Ya habia pasado mas de la mitad del ejército otomano el dicho rio. El héroe cristiano quiso atacar al enemigo antes que todo su cuerpo hubiese pasado el puente. Con la penetracion del genio militar y la presteza del leon amenazado, dividió su ejército en doce columnas, seis de caballería, seis de infantería; arrolló por todos lados al campo turco y colocó

(1) Eugenio de Saboya Carignan era hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, y biznieto de Carlos Manuel, duque de Saboya. Se le llamaba en Versalles bajo el nombre del *curita de Saboya*, porque estaba destinado á la carrera eclesiástica. Habia pedido á Luis XIV una abadía, que le fué rehusada. Dejó en seguida el hábito eclesiástico y abrazó la carrera militar. Entonces pidió al rey el mando de un regimiento, lo que se le rehusó tambien. El jóven, ofendido, renunció á la Francia y ofreció sus servicios á Leopoldo I de Austria, que los aceptó. Al saber esto dijo Luis XIV á sus cortesanos : « ; Vaya una pérdida grande que hemos hecho ! » No se presumia el gran rey que acababa de perder la fortuna de la Francia, el héroe futuro de Oudenarde y de Malplaquet.

escuadrones en frente del puente de Zenta para impedir se juntase el resto de las tropas otomanas con Mustafá II. No quedaban ya sino dos horas de día. Los Turcos estaban en su campo rodeados de fosos y estacadas como para resistir á un sitio. El príncipe Eugenio dió la señal del combate. Los fuegos cruzados de su artillería abrumaban á los Turcos en sus trincheras : estos respondian, pero sin combinacion. Principió inmediatamente un vivísimo fuego de fusilería de una y otra parte ; mas por fin el príncipe cristiano dió orden á su ejército de arremeter al arma blanca contra los Musulmanes, de lo que resultó una horrible carnicería. A las siete de la tarde mas de veinte mil cadáveres turcos cubren la tierra ; el sultan se fugó casi solo hácia Temeswar, disfrazado de simple soldado, sin ningun atributo de la soberanía imperial. El vencedor pasó de pié la noche en el ensangrentado campo de batalla : « Con el » día se acabó la batalla, dice al emperador en su parte oficial, » como si el sol hubiese querido alumbrar con sus últimos » rayos la mas brillante victoria ganada por los ejércitos imperiales. » La Europa entera se llenó de júbilo al saber el triunfo del héroe ; y el papa le envió un collar de brillantes y una espada envainada en oro, como al libertador de la cristianidad. La paz de Carlowitz, firmada en 1669 entre el Austria y la Turquía, fruto de la victoria de Temeswar, inauguró la decadencia del imperio otomano.

§ II. PONTIFICADO DE CLEMENTE XI (23 de noviembre de 1700-19 de marzo de 1721).

13. El siglo XVIII se abre con el pontificado de Clemente XI. Cada época de la historia eclesiástica nos presenta su lucha principal. El espíritu del mundo y el espíritu de Dios se disputan desde el origen la historia de la humanidad ; pero ningun período nos ofrece acontecimiento mas variados, ataques mas numerosos y sacudimientos mas violentos que el presente. El nacimiento y progreso de la incredulidad, que niega todos los dogmas á la vez y que se atribuye la mision de aniquilar la Iglesia por la herejía del jansenismo, la mas tenaz, si no la

mas perversa ; las borrascas de una revolucion que conmueve la Europa hasta en sus cimientos hasta hoy día mismo, harán ver de una manera mas poderosa que todos los razonamientos, mas elocuente que todos los discursos, mas convincente que todos los silogismos, por hechos evidentes, multiplicados, ruidosos, é incontestables porque son contemporáneos, la divinidad, la inmortalidad de esta Iglesia que, sola, resiste á todas las pasiones, á todos los enconos, á todas las venganzas, desórdenes y violencias ; que sobrevive á todas las revoluciones, á todas las ruinas ; que quebranta todas las potencias enemigas, que consuela todas las desgracias é infortunios, y que, la primera, vuelve á reponerse en su trono sobre las ruinas de los imperios derruidos.

14. Clemente XI era digno de inaugurar este período, cuyo pontificado, siempre agitado por tormentas, nos presenta en compendio dicho cuadro. En el momento en que se reunia el conclave para dar un sucesor á Inocencio XII, la Europa estaba ansiosa de saber él desenlace de una cuestion que parecia concentrar en ella los intereses, porvenir y destinos del mundo. El soberano de una monarquía *sobre cuyos dominios no se ponía jamás el sol*, el soberano de los Países Bajos católicos, del Milanesado, de los reinos de Nápoles y Sicilia, de los reinos de España, de los imperios de Méjico, Perú y Nuevo Mundo, de las islas Filipinas, Marianas, Canarias y Antillas, el rey de España Carlos II, último descendiente de Carlos Quinto, se iba consumiendo de una enfermedad de mortal languidez : iba á morir sin dejar herederos de su línea directa. ¿A quién iba á tocar una herencia tan formidable? Ya se presentian guerras espantosas. Carlos II quiso precaverlas con un testamento. Poseido del mas religioso sentimiento, despertado aun mas por la proximidad de la muerte, quiso ante todo ser justo y no cargar su conciencia con ningun acto de parcialidad. Olvidó pues sus largas contiendas con la Francia, y recordó en el momento supremo que ni era apasionado pariente de los Austríacos ni enemigo de los Borbones, sino como una alma ante Dios, desprendida de las cosas de este mundo y llamada